

Tebas

creció en un 25.3 por ciento.

Hubo incendios, sí, pero en el

horizonte

y al declinar el día,

mas invariablemente fueron apagados

por negros ventarrones nocturnales.

Los áspides perdieron su ponzoña

en feroces batallas

con un fajo de agujetas

caídas del cajón de un zapatero.

Una epidemia de senilidad

abarcó a todas las alimañas del

poblado

que se dieron a olvidarlo todo

incluyendo

la mordedura y el piquete.

Fueron tiempos de dicha:

alucinado por esa atmósfera



"lanzaron jeroglíficos como papalotes al firmamento"

embriagante

el pueblo, y más que nadie los niños,
abrieron las puertecillas de las jaulas
que tenían en sus viviendas
y lanzaron jeroglíficos como papalotes
al firmamento.

Mas cierto día ominoso,
hubo un cambio de situación
urdido en las entrañas del enigma:
Tebas,
de la noche al primer gallo madrugador,
se convirtió en un pequeño reino fallido,
descompuesto,
condenado a usar las muletas
de un equilibrio artificioso para andar.
A partir de entonces, las cosas fueron
de mal en peor,
y de peor en “no te imaginas que”:
un mirar feo podía atraer
una cuchillada.

Una risa fuera de lugar,
la pérdida del dedo meñique.
Los temblores,
con epicentro en las Parcas,
hirientes cuarteaduras
con alaridos de derrumbe
en el ánimo de aquestos griegos
dejados de la mano
del dios supremo.
No pasaba una noche
sin que apareciera alguna de las musas
ahorcada en las ramas de un árbol.
Hubo una sequía de leche materna
y las mujeres empezaron a amamantar
a sus criaturas
con un veneno blancuzco y maloliente.
La corrupción,
comprando hasta el don de ubicuidad,
tuvo pretensiones de ser coronada,



“No pasaba una noche sin que apareciera alguna de las musas ahorcada en las ramas de un árbol”

usar el cetro como zigzagueante base
de un látigo

y tener en un mullido trono
el feliz encajonamiento de sus nalgas.
Edipo, con una plaga de preguntas
en las sienas,
pasó de la inquietud a la desesperación,
de mesarse la cabellera
a tronarse los dedos.

Hasta que llegó la noche
en que más que parpadear los ojos
parpadeaba el insomnio.

Capítulo octavo:

Tiresias

Los nobles y validos
tenían las bocas
atragantadas de consejos.
Pero acatarlos,
arremangarse los ímpetus
y poner almas a la obra,
era funesto y desastroso.
El derrumbe de las mansiones
¿cómo podía ser detenido
con brochazos de pintura?
El incendio de las urnas funerarias
¿cómo se iba a apagar
con los húmedos pañuelos
de las plañideras?
La rotura de las vestes
¿cómo iba a remendarse
con hilos de conversación

deshilvanados?

Por caro que fuera,
y cobraba más que nadie,
había que buscar a Tiresias,
el príncipe de los adivinos.

Tiresias decía: “en mi pasado,
cómo me estorbaban los ojos para ver.
Veía, en mi recámara, mi lecho,
mis pantuflas, mi mesa de noche;
en mi jardín, las mariposas, los nardos
y las lagartijas.

En el cielo, millones y millones de
estrellas,
pero mis ojos, lanzando ráfagas de
miradas,
no lograban un ápice, un centímetro
triste, una uñita de niño,
salirse del presente
y correr por las galerías del futuro.

Ay, mi visión en el espacio
fue mi ceguera en el tiempo”.

“En un amanecer vi a Palas Atenea
bañándose en el río;
ella, que pecaba de virtuosa,
sintió en todo su cuerpo



"Palas Atenea bañándose en el río"

los apasionados ósculos de mis pupilas.

Colérica, me veló los mirares
con un ademán punitivo
y de golpe me dejó sin mundo,
despojado de trayectos,
sin ver,

con la astronómica niña de mis ojos,
la sucesión de días y de noches,
y mendigando por las calles
migajas de luz, por el amor de Dios.

Al verme así, y sentir que la lástima
empezaba a apretarle el cuello,
para atenuar sus rigores



"la gracia de entrever lo porvenir"

me regaló la gracia de entrever lo
porvenir.

Y el viejo mirar
que se enseñoreaba en el espacio,
hoy navega en un piélago
tumultuoso de inéditos instantes.

Y ahora, al abrir los párpados
de la adivinación
dentro de mis cerrados ojos,
miro lo que el pretérito esconde
en sus entrañas

y engulle el ave carroñera del olvido,
y logro vislumbrar lo que atesoran
los almanaques en sus vísceras
o aquello que el reloj,
grávido,
parirá dentro de días, meses, lustros.
Por eso puedo ver que”...

Edipo lo mandó llamar.

El deseo del rey de estar al tanto
de por qué los árboles de la región
generaban tan sólo frutos podridos
o a qué atribuir que los manantiales
ahogaran a los sedientos al primer sorbo,
empujaron a Tiresias hacerse presente
y a negociar consigo mismo
si soltaba o no la lengua.

Mas a pesar de las súplicas de Edipo
de que dijese del pasado y el futuro,
él se resistía a decir una frase,
un suspirar de letras,
mordiéndose el aliento,
dando a luz hemorragias en los trozos
de verdad escupidos.

Al fin lo dijo todo: develó
que el hombre que estaba frente a él,
mandatario de Tebas,
hijo de Yocasta
y producto de viejos amores,

cohabitó con ella, la cual dio a luz
tras de ignotos placeres, hijos que son

hermanos

y no se sabe cuántas más

formas disparatadas

de parentela.

Y por qué, siendo el sucesor de Layo,

fue él, él solo, y no un grupo de

malhechores,

el que privó de vida el hombre de la

carreta.

Edipo y su madre esposa,

viviendo su desgracia

-ahora sí, sin dudas ni fingires-,

lucharon cada uno

cuerpo a cuerpo con su culpa

para limpiarla definitivamente:

él arrancándose los ojos

y borrar el afuera,

los alrededores,



"borrar el afuera"

de la inocencia?

¿Es dable cambiar inocencia por culpa

como gato por liebre?

El culpable puede entregarse

al infierno en llamas de la contrición

-la moral no se anda con medias tintas

o con el oportunismo de las vacilaciones-

y arrancarse los ojos

para dejar a la luz sin un solo

parlamento,

pero ¿y la inocencia?

La inocencia que se autocastiga

¿es la conducta que puede asumirse

en la holgada camisa de fuerza

del manicomio?

Eso me hace sospechar,

y más que sospechar

subir al estrado de la evidencia

para argüir

que si Edipo y Yocasta se autocastigan

es que se saben, se presienten

culpables

y asumen el incesto a sabiendas,

a placer entrañable,

a orgásmico desvanecimiento de

pronombres.

Capítulo noveno:

El trono

Mucho después, ya desaparecidos
 los reyes de Tebas,
 Creonte, descendiente
 del noble Meneceo, como Yocasta,
 y esposo de Eurídice,
 quedó, si no dueño del poder,
 sí echándole miradas codiciosas de

rejo,



*“por el duro manejo de las riendas
 de la gobernanza”*

y con las manos raídas
 por el duro manejo de las riendas
 de la gobernanza,
 como serpientes en el momento
 de mudar de piel.

Pero era como Selene
 cuando, en el eclipse lunar,
 se convierte en el interino sol
 que arroja luminarias a la Tierra



*“se convierte en el interino sol
 que arroja luminarias a la Tierra”*

tan ambiciosas como enflaquecidas,
 y es que los herederos legítimos,
 Polinices y Eteocles,
 pese a las desdichas
 -que también figuraban en el
 testamento-
 no se iban a quedar cruzados de brazos
 al meditar en la forma
 en que se reproducen las musarañas.
 Eteocles , tarde y noche,
 se secreteaba con la astucia,
 tenía amores apasionados con la falta
 de escrúpulos.



“meditar en la forma en que se reproducen las musarañas”

y, cual se hallase en el juego de las sillas,
 pero con una sola –como un paraíso
 por un momento deshabitado-
 se sentó con más presteza que Polinices
 en el reñido trono.



“el reñido trono”

Excluido de la primogenitura,

se rapó la cabeza, reemplazando el cabello
con una peluca de ensortijadas
ideas fijas,
no sólo porque en ella no hubiese
un pelo de tonto,
sino que la corona se amoldara
suavemente a su cabeza.

Con la complicidad de Creonte,
y la venia del cielo,

desactivó las leyes, deslenguó las

costumbres,

se encaramó a sus más altas

pretensiones,

se hizo del trono,

y, queriendo convertir a Polinices

en uno más de sus súbditos,

lo volvió su feroz enemigo.

TERCERA ESTANCIA

Colono

A pesar de que sus ojos vivían
huérfanos de luz,
Edipo, al caminar,
no tropezaba con los árboles,
no daba de bruces con las piedras,
no se desbarrancaba en los desfiladeros

empujado por la oscuridad;
deambulaba tomado de la mano
del amor,

con la ayuda de un cuerpo,

una entrega,

unos ojos femeninos,

que formaban el nudoso roble

de un báculo filial.

De lo que nadie lo aliviaba

era de la postración que enmohecía

sus impulsos,



“el nudoso roble de un báculo filial”

Edipo y Antígona.

Óleo de Antoni Brodowski

le sumaba más kilos al fardel de sus años
y ponía en los goznes de los músculos
el aceite quemado del dolor.

Pidió sentarse.

Antígona, solícita,

lo condujo a una roca

que le abrió los brazos de la comodidad
con afectuosa dejadez.

“¿Dónde estamos?”, interrogó Edipo.

Y, sin esperar respuesta:

*“¿Tienen algún jefe
o manda el pueblo?”.*

Esta pregunta, desgranada de los labios
de un rey venido a menos,
tiene un gusto extraño: sabe a futuro,
a ensoñación,
a utopía.

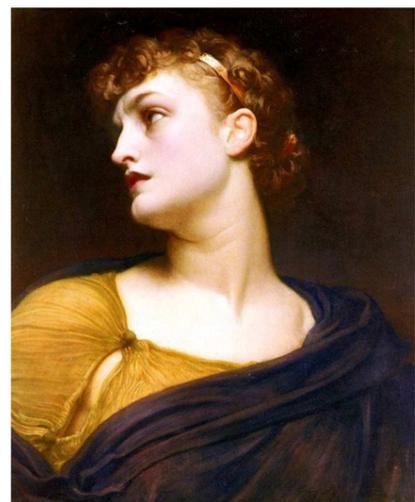
Antígona se puso a meditar:

¿Habrá algún sitio donde

“mande el pueblo”?



*“una roca que le abrió los brazos
de la comodidad”*



“y se puso a soñar” - Antigona, Leighton, 1882

Sin responder a su padre,
se quedó paladeando
los signos de interrogación
de la pregunta
y se puso a soñar.

“¿Habrá un lugar, dijo el rey
destronado,
donde los dioses manden obedeciendo
a unos humanos
que obedezcan mandando?

¿Mandar obedeciendo? –preguntó la hija.

Y Edipo:

“Sí, como la nube que espolvorea
designios
tras de absorber la multitud de charcos
que alzan vuelo”.

¿Obedecer mandando? –dijo de nuevo

Antígona.

Y el padre:

“tal vez, para redondear la imagen,
 como la *poesis* terrena que *obedece*
 -y crea la cornucopia alimenticia-
mandando a los hombres
 a regar la tierra
 con el agua bendita
 que les cae desde la nube.

“¿Dónde estamos?”, habló de nuevo el rey.

Antígona dijo: “en Colono,
 aldehuela cercana a Atenas y parte de
 su jurisdicción”.



En ella se cultivan las mieses,
 los naranjos, los olivos y los misterios.

*“En ella se cultivan las mieses, los naranjos,
 los olivos y los misterios”*

A este recóndito lugar
 en que descansaba Edipo